

Homilías recientes del Superior General

Nota del Editor

Periódicamente, VINCENCIANA presentará homilías del Superior General en la medida en que le habla a varios grupos de cohermanos y miembros de la Familia Vicentina.

HOMILÍA A SACERDOTES-ESTUDIANTES EN ROMA

1 de diciembre de 2013

Hermanos míos en Jesús y San Vicente.

Este Primer Domingo de Adviento es un día nuevo en un mes nuevo, e inicia un año litúrgico. Este año ha sido uno de muchos inicios: un Papa nuevo que ha captado las mentes y los corazones de la gente en todas partes; un “Año de Fe”, llamándonos a recomprometernos con Cristo, un año para recordar el 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, un año en que nuestros Visitadores se reunieron a medio camino entre dos Asambleas Generales para evaluar nuestras metas; y un año cuando ofrecimos entrenamiento a líderes de la Familia Vicentina para aumentar su conocimiento y práctica de nuestro carisma.

Como sacerdotes estudiantes que estudian y viven los rigores del trabajo académico, ustedes podrían ver lo que les acabo de mencionar como algo interesante pero no de mayor importancia mientras que se concentran en atender a clases, redactar tesinas, y seguir adelante en sus programas de grado. Eso se entiende, hasta cierto punto. Pero nuestra reunión de hoy es un recordatorio de nuestra preocupación y apoyo hacia ustedes en estos años cruciales de su educación. Porque todos ustedes serán llamados a ser líderes, servir y “*revestirse de Cristo Jesús el Señor*” (Rom. 13,14) como nos invita Pablo en la segunda lectura de hoy.

Es por eso que el tema de nuestra conferencia hoy es crucial para su educación: reflexionar sobre nuestras Constituciones, específicamente, “*Actividades Apostólicas*”. Allí es donde más se centran nuestras vidas. Las lecturas de este Primer Domingo de Adviento nos ayudan a ver mejor lo que las Constituciones nos dicen sobre nuestras metas reales de nuestra actividad pastoral: “*Hacer realmente eficaz el Evangelio*” (Const. C 1, N. 11).

A primera vista, esto no parece ser así. Las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy tienen un tono de temor y aprensión. Él habla sobre lo que podríamos llamar “*escenarios fatales*” tales como ladrones irrumpiendo en una casa y gente en los campos y en molienda desapa-

reciendo en el aire. Pero hay una realidad más profunda presente aquí. Jesús utiliza ejemplos comunes del hogar y del trabajo para alertarnos sobre que tan rápido puede cambiar la vida, y mantenernos fuera del alcance de un sentido falso de seguridad. Nosotros “permanecemos despiertos” (Mt. 24,42) manteniendo nuestras mentes y corazones enfocados en Cristo, para poder reconocer y responder a su presencia en medio de nosotros, especialmente en los pobres. Lo que suena como una advertencia en este Evangelio – *“Estén alertas, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos piensan”* es realmente una invitación. ¡Recibir a Jesús en nuestras vidas es una meta y esperanza constante de cada corazón Cristiano!

Nuestras Constituciones enmarcan esta gran meta de aceptar a Cristo en el apostolado activo en el ministerio de la evangelización. En el fondo, nosotros los Vicentinos estamos llamados a anunciar la Buena Noticia de Jesucristo a los pobres. Esta realidad se extiende desde nuestro escudo comunitario *“Evangelizare Pauperibus Misit Me”* hasta nuestra virtud de “celo por las almas” que nuestras Constituciones nos llaman a hacer nuestra cada día. Las Constituciones no son solo palabras en un papel, sino una forma concreta de interiorizar nuestro llamado al discipulado Cristiano y la vivencia real de nuestros votos Vicentinos.

Adviento es una etapa litúrgica corta, pero un tiempo maravilloso para examinar el año que termina y forjar nuestro futuro caminar de fe. Isaías nos da imágenes preciosas en la primera lectura de hoy: la montaña del Señor; un lugar de paz, armonía y unidad entre las gentes y las naciones. Nos muestra un mundo ideal: *“Harán arados de sus espadas y sacaran hoces de sus lanzas: una nación no levantará la espada contra otra, y no se adiestrarán para la guerra”* (Is. 2,4). ¡Esta imagen de la Escritura es tan poderosa que está inscrita a la entrada del edificio de las Naciones Unidas!

Pero nosotros sabemos que la realidad de la vida con frecuencia se entromete en el ideal del mundo que deseamos: conflictos globales, guerras civiles, terrorismo, pobreza, explotación y desastres naturales constantes. Entonces, ¿cómo debemos tomar la última línea de Isaías: *“Caminemos a la luz del Señor”*? (Is. 2,5). Podemos utilizar Adviento para compenetrarnos en la Palabra de Dios y nuestras Constituciones, especialmente la sección sobre *“Actividad Apostólica”*. Como sacerdotes estudiantes, puedes encontrar un poco difícil reflexionar sobre ‘actividad apostólica’ frente a tus compromisos presentes de estudio a tiempo completo.

Pero, también les señalo una parte de las Constituciones que nos atañen a todos nosotros, no importa nuestra edad o apostolado. Bajo *“las características”* del *“trabajo de evangelización”*, establece que todos debemos *“tratar de vivir en un estado de conversión permanente, tanto de parte del miembro individual como de toda la Congregación”*

(Const. C 1, N. 12-6). Utiliza este Adviento como un tiempo para orar más intensamente con las Escrituras, y para meditar sobre nuestras Constituciones.

En el 2014 cumplimos 30 años de la promulgación de nuestras Constituciones. Toma tu tiempo para meditar sus palabras e ideales. Pidan al Señor y a San Vicente que los guíe y les inspire a descubrir un nuevo sentido de vivencia en su rico texto. Oro para que al leer y reflexionar sobre nuestras Constituciones puedan crecer en fidelidad al “reino, es decir... una manera nueva de ser, de vivir en comunidad que inaugura el Evangelio” (Const. C 1, N. 11; *Evangelii Nuntiandi* N. 23).

* * *  * * *

HOMILÍA DE CLAUSURA DE LA REUNIÓN DE NUEVOS VISITADORES EN ROMA

14 de enero de 2014

“Autoridad y obediencia al servicio de nuestra misión”

Mis queridos hermanos en San Vicente:

Hemos llegado al final de nuestro tiempo juntos, y espero que haya sido una experiencia de “información y formación” para ustedes. En estos nueve días, han tenido que captar muchas cosas pertenecientes a su ministerio de liderazgo como Visitadores. Tal vez haya sido algo pesado. Pero lo que se les ha dado en estos días no es solo presentar e informar. Como hermanos en el Señor Jesús, a quien siguió San Vicente, tenemos un carisma que nos lleva al amor de Dios y al servicio de los pobres. Por estos dos grandes dones – el amor a Dios en discipulado con Jesús, y una Congregación con un apostolado y vida comunitaria para servir a los pobres – por estos dones, debemos estar siempre agradecidos.

Las dos palabras claves que enmarcaron nuestra reunión – autoridad y obediencia – no son muy populares en el mundo de hoy. ‘Autoridad’ muchas veces se ve como algo sospechoso, tanto en círculos eclesiales como cívicos. Evoca imágenes de líderes duros, o ansiosos de poder sin deseos de ayudar a los que sirven. De manera similar, ‘obediencia’ puede parecer una idea fuera de moda, una que le roba a la gente el ejercicio de sus derechos. Vistas de esta manera, el mal uso de la autoridad y la obediencia, ya sea en el ámbito civil o eclesial, puede igualarse al “espíritu impuro” que afecta al hombre en el Evangelio de hoy.

Pero las dos lecturas de hoy nos ayudan a entender como la oración, el discernimiento y el liderazgo de servicio crean un entendimiento y aprecio maduro de la autoridad y la obediencia. Nos ofrecen un contraste real a un punto de vista meramente humano. En la primera

lectura del primer libro de Samuel, encontramos una historia de súplica que rompe el corazón por parte de Ana, una mujer de fe, claramente acongojada, que quiere un hijo. Ella ora desesperadamente a Dios, prometiéndole dedicarlo al servicio del Señor. Pero mientras Ana reza fervientemente, el sacerdote del templo Heli, la figura de autoridad, inicialmente despidió a Ana porque está ebria. Él es tajante y juzgador, y uno que no anima mucho a confiar en la autoridad.

Pero Ana, unida profundamente en oración al Señor, respeta la autoridad de Heli, implorando con sencillez y humildad. Su pureza de intención lleva a Heli a echarse para atrás en su juicio, y ofrece una oración y una bendición a su favor. Esta es una lección poderosa sobre la diferencia de una autoridad ejercida por egoísmo humano y una obediencia motivada por la unión espiritual con Dios.

En el Evangelio de hoy, Jesús inspira obediencia, al ofrecer “una nueva enseñanza con autoridad” (Mc. 1,27). Pero no es solo lo que Jesús hace, sino como lo hace que hace el pasaje una lección sobre la autoridad y obediencia Cristiana. Jesús en primer lugar evoca respeto debido a como enseñó en la sinagoga. ¿Por qué? Aparentemente, Jesús no era un Judío educado, ciertamente no era un escriba letrado. Pero, sus palabras calaron entre la gente. ¿Cómo utiliza Jesús su autoridad cuando el hombre con el espíritu malo pide ayuda? Jesús pide silencio, ora y remueve el espíritu malo. Utiliza su autoridad con sencillez, va al grano e invoca al Padre para el bienestar del endemoniado.

Aquí hay una lección para cada uno de nosotros, incluyéndome. ¿Cómo? Bien, como Visitadores, tienen que hacer el trabajo difícil y que consume tiempo de planificar sus provincias, la administración, las visitas, los nombramientos, al igual que otras tareas. Al mismo tiempo tendrán que tratar con algunos “espíritus malos” que aparecen con frecuencia bajo la figura de problemas espinosos que quitan tiempo y succionan energías. ¿Cómo lo harás: como el sacerdote del templo Heli, con ideas predispuestas, o como Jesús, con un corazón abierto y amante comprometido al servicio? ¿Tu tiempo como Visitador estará marcado con “mis ideas y mi manera” o “una nueva enseñanza con autoridad”? Solo tu puedes decidir el camino a tomar.

Este año se cumple el 30 aniversario de la promulgación de nuestras Constituciones. Estoy utilizando la ocasión para animar a los cohermanos a que lean, estudien y oren con este texto vital, tanto personalmente como comunitariamente. Como ustedes saben, nuestras Constituciones ofrecen no solo un marco de referencia, sino una forma duradera para vivir y servir al Señor Jesús como hermanos en San Vicente. Se nos dice en la sección sobre los votos que *“para participar en este misterio de la obediencia de Cristo se requiere que todos nosotros, como comunidad, busquemos la voluntad del Padre. Esto lo hacemos por medio del compartir mutuo de nuestras experiencias, el diálogo abierto y responsable ,donde interactúan las diferentes edades y visiones,*

para que surjan y se desarrollen nuevas direcciones, y nos lleven a tomar decisiones” (Const. Pt. 2, C III, N. 37).

Como Jesús y Vicente, tu meta como Visitador debe ser “buscar la voluntad del Padre” en todo lo que haces. Y es por un espíritu de oración y reflexión que serás capaz de realizarlo. Una vez más, nuestras Constituciones son una ayuda, como se nos dice: “*Santificados en Cristo y enviados al mundo, nosotros también debemos tratar de buscar en oración los signos de la voluntad de Dios, e imitar la respuesta de Cristo, discerniendo todo de acuerdo a su mente*” (Const. Pt. 2, C IV, N. 40-2). Así, en cuanto regreses a casa, tal vez puedas celebrar este 30 aniversario de nuestras Constituciones reflexionándolas en tu propia oración, y animando a los cohermanos de tu provincia a hacer lo mismo.

Al llegar a esta mesa hoy para participar de la Cena del Señor, fortalezcámonos con el amor de Jesús por nosotros, un amor que motivó y mantuvo a nuestro Fundador Vicente. Al escuchar la Palabra de Dios y celebrar esta Eucaristía, verdaderamente encontramos la naturaleza de nuestra autoridad: confianza profunda y obediencia a la voluntad del Padre vivida tan fielmente por su Hijo, nuestro hermano Jesucristo.



HOMILÍA EN LA MISA DE CLAUSURA DE LA REUNIÓN DE LA FAMILIA VICENTINA EN PARIS

19 de enero de 2014

Mis queridos hermanos y hermanas en Jesús y Vicente,

Permítanme comenzar con una cita de la Escritura de hoy para resumir mis sentimientos al finalizar nuestro tiempo juntos: “*Fui tomado en cuenta por Yavé, mi Dios me prometió su apoyo*” (Is. 49,4). Hoy celebramos la Eucaristía como miembros del Cuerpo de Cristo y de la Familia Vicentina. “Nosotros, con ser muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo” (Rom. 12,5). Nuestra unicidad con el Señor, tan cerca y querido por San Vicente, nos capacita para continuar su carisma de amor a Dios y servicio a los pobres. ¡Es un glorioso tiempo compartido con ustedes, y esta experiencia me da la fuerza para seguir adelante!

Al encontrarnos, encontramos la fuerza y la unidad tan esenciales y necesarias en nuestra Iglesia y en nuestro mundo de hoy. La constante amenaza de guerra, civil e internacional, la pobreza económica y espiritual y sus efectos en la gente, especialmente los pobres, la gran cantidad de refugiados; y los terribles desastres naturales en todo el mundo, estas fuerzas arremeten contra la humanidad, desmiembran la dignidad humana, y rasgan los lazos de comunidad que compartimos como miembros de la familia humana.

Es por eso que es bueno unirnos como Familia Vicentina para trabajar y orar. Nosotros “regresamos a nuestras raíces” y bebemos del profundo pozo espiritual de nuestra herencia Vicentina; es decir encontrar al pobre en Cristo y a Cristo en el pobre. Las lecturas de hoy nos ayudan a centrarnos en esa meta enfatizando dos virtudes cruciales en las Escrituras: el valor de ser servidor y testigo Cristiano.

Sabemos que tanto Vicente de Paúl como Luisa de Marillac sirvieron al pobre con fidelidad durante sus vidas. Pero, ¿qué los mantuvo fieles en esta tarea? La primera lectura de Isaías nos da una idea clave: ellos encontraron fortaleza, convicción y perseverancia no en los tesoros terrenales, sino estando atentos a su relación con Dios. En otras palabras, Vicente y Luisa encontraron en Jesús lo que San Pablo descubre cuando estaba en la cárcel: *“Todo lo puedo en Aquel que me fortalece”* (Fil. 4,13). El Señor le dice a Isaías que el ser servidor, no auto-importante, es el camino a Dios. Una vez que escogemos esta manera de seguir a Jesús, él abre nuestras mentes y corazones a una nueva realidad. Al darnos nosotros mismos, recibimos más de lo que nos podríamos imaginar.

Así, el Señor le dice a Isaías que cualquiera que escoge voluntariamente el papel del servidor de Dios es transformado como una “luz para el mundo, para que mi salvación llegue hasta el último extremo de la tierra” (Is. 49,6). Hoy, vemos las “luces” Vicente y Luisa encendidas brillantemente y permanente en los trabajos de misericordia, evangelización y servicio a los pobres por la Familia Vicentina. Es nuestra responsabilidad abanicar esas llamas de esperanza, para que no se transformen en cenizas de un fuego anterior que ya ni calienta ni da calor.

El Evangelio nos muestra lo que un siervo verdadero hace: dar testimonio del poder y la presencia de Dios. Y no tenemos otro que Juan el Bautista, un testigo “por excelencia”, cuya vida y muerte total fue un ministerio de testimonio preparando el camino de Jesús. En el Evangelio de hoy, Juan ve a Jesús que viene hacia él y proclama con claridad esto que ya es parte de nuestra liturgia: *“Ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo”* (Jn. 1,29). No es solamente la belleza de las palabras las que cautivan. Juan nos enseña lo que realmente es ser un servidor testigo: *“Detrás de mí viene un hombre que ya está delante de mí, porque ya existía antes que yo”* (Jn. 1,31). Por lo menos dos veces en este pasaje corto, Juan nos dice “Yo no lo conocía” (Jn. 1,31-33). La mayor parte de la vida de Juan fue dedicada a anunciar un Mesías a quien nunca encontró. Desde el punto de vista humano, ¡esto es un tremendo sacrificio!

Pero Juan es un ejemplo estelar de un servidor que da testimonio: *“¡Y yo lo he visto! Por eso puedo decir que éste es el Elegido de Dios”* (Jn. 1,34) ¿Y cuál es el secreto de este testimonio intenso y permanente? Puede encontrarse en un pensamiento sencillo expresado en un capí-

tulo posterior del Evangelio: “*Es necesario que él crezca y que yo disminuya*” (Jn. 3,30). En esas cortas palabras, encontramos un resumen del ministerio de Juan como testigo servidor, y lo que significa seguir a Jesucristo. Esas pocas palabras fueron el paradigma para la espiritualidad de Vicente y Luisa, quienes hablaron, escribieron y mostraron que Jesús era el punto central en sus vidas. Ellos dieron testimonio a esta realidad en vidas de servicio Evangélico a Cristo en el pobre.

Ahora que partimos por caminos diferentes, profetas como Isaías o Juan el Bautista pueden verse distantes de nuestras realidades diarias en nuestras vidas. Sin embargo, este Domingo, tan temprano en este nuevo año, lo que Isaías y Juan profesan, es decir, servicio en las sendas de Dios y testimonio a Cristo, deben reanimar nuestro compromiso al carisma que compartimos como miembros de la Familia Vicentina. Vicente le dijo a sus primeros seguidores: “No es suficiente para mi amar a Dios si mi prójimo no lo ama. Debo amar a mi prójimo como la imagen de Dios y objeto de su amor...” (CED, Vol. XII, Conf. 207).

La Palabra de Dios que hemos escuchado, y el pan de vida y el cáliz de salvación que compartiremos es lo que impulsó y sostuvo a nuestros Fundadores. Entreguémonos al Señor Jesús, para que, en las palabras de San Vicente “*busquemos la gloria de Dios... y el Reino de Jesucristo*” (CED, Vol. XII, Conf. 198).